
PAGODAS SUBTERRÁNEAS.

En este momento vuelvo á divisar allá abajo una laguna triste, en Chinam. Recuerdo de haber navegado por aquí un día entero en un junco mandarino.

Sentíase pesado calor y el tiempo estaba muy obscuro. Las orillas bajas veíanse cubiertas de hierbajos con fresco tinte del mes de Abril, y á bordo por estas aguas, que parecen realmente muertas, se desarrollaba ante mi vista el grato espectáculo de unas bandas de aterciopelado verdor en que apacentaban los búfalos.

Lee-Loo nos decía: « Es preciso beber, pero beber mucho *sam-chú* », y nos servía el alcohol de arroz en nuestras tacitas de porcelana pintada.

En el fondo de esta canoa, tapizada de esterillas finas, nos hallábamos enteramente tendidos, con

la cabeza sobre esa especie de tambores durísimos que son las almohadas chinas.

Una sombrilla muy baja nos cubría, y su forma de pescado, con sus vértebras y todo, hacía en nosotros el efecto de una prisión que nos encerrase en el vientre de una bestia.

Por unos pequeños agujeros redondos observábamos cómo desfilaba ante nuestra vista el paisaje desconsolador. ¿Adónde íbamos?.....

Después de muchas horas resbalábamos con la curiosidad de percibir algo extraordinario que esperaríamos de la promesa de Lee-Loo.

Largo camino, largo sueño apenas interrumpido por el canto de nuestras remeras, que se elevaba como queja china, dulcísima, mezclada de notas muy agudas.

«Es preciso beber, pero beber mucho *sam-chú*.»

¿Adónde íbamos? Lee-Loo, vestido de verde y naranja; Shang-Tee de azul celeste, y yo de blanco.

Embarazados por la inmovilidad, á modo de tres momias en un mismo nicho, nos manteníamos aplastados sobre nuestros abrigos de viaje. Ellos cuidaron, por su parte, de no acostarse encima de

sus largos y sedosos mechones, que enrollaron al pecho. Este techo, este alcohol y este calor pesaban grandemente sobre nuestras cabezas.

Por aquellos pequeños agujeros, siempre el mismo triste panorama, con su verde y sus búfalos. Echados en el fango y en los hierbajos, enormes bestias con figura de hipopótamos, figuras antediluvianas que alargaban sus pescuezos para mirarnos estúpida y ferozmente.

Oliase el aire de los juncos en que aquellos marineros amarillos tienen costumbre de hacer su cocina de conchas; los húmedos bambúes y los arrozales en flor, y sobre todo esto el perfume de Lee-Loo, mezcla de musgo y pimienta.....

Y ahora estos recuerdos se despiertan tan claros, merced á yo no sé qué. Todo lo encuentro, hasta en los menores detalles de este viaje, de este interior de barquilla, las junturas complicadas de nuestra cubierta de roten, las rosas de seda bordadas en el pintoresco traje de Lee-Loo. Y aquellas redes y anzuelos atados á la canoa, el cuchillo para abrir los pescados y el fetiche protector de la pesca. Salimos de Tai-Tó por la mañana, y esa

cosa extraordinaria que íbamos á visitar es la pagoda de la *Montaña de mármol*, que Lee-Loo considera digna de verse.

El mismo Lee-Loo, toda su persona en lo físico, se me representa bruscamente, con su delgadez de esqueleto, bajo los flotantes vestidos cortados á la *magot*, el cráneo afeitado y el largo mechón atado con una cinta. Figura chata, amarilla, exangüe, y, sin embargo, de un cierto encanto por su juventud y su aire inteligente y distinguido. Sus cejas tendían naturalmente á juntarse, pero la navaja las disminuía y separaba, formando sobre ojos muy vivos dos líneas tan señaladas como rasgos hechos á la pluma.

Eran nuestras remeras cuatro muchachas, unas veces dobladas y otras casi tendidas con sus grandes y flexibles remos. Encima de nuestro sarcófago se tenían, viéndolas nosotros de arriba abajo por los agujerillos; también ellas se inclinaban de cuando en cuando para mirarnos, con aquella sonrisa de una bestialidad dulce, que deja al descubierto dos filas de dientes lustrados con barniz negro.

Todo el esfuerzo de impulsión que necesitan se hace en aquellos débiles riñones envueltos en túnicas colgantes, y cada paso hacia adelante que lleva la barca, parece que se siente sobre el propio cuerpo de las remeras.

A nuestro alrededor siempre la laguna serpenteando, y encima la obscuridad de un cielo siniestro é inmóvil.

Avanzamos porque nos empuja una especie de corriente que no sale á la tranquila superficie, velocidad latente que vive en estas aguas.

La *Montaña de mármol* ya está más próxima cada vez, y asemeja, al levantarse en medio de la compacta llanura, un gran escollo en el centro de los mares. Nótanse bien en el espacio sus exagerados dientes, inverosímiles. Es vertical y abrumadora; figura una pagoda gigantesca en el aspecto plano del desierto.

Arribamos á la orilla, al fango, á los hierbajos. Fué preciso pasar por entre los búfalos, agrupados é inmóviles, con los pescuezos tendidos y alerta las narices húmedas y dilatadas, husmeando al europeo que llega.

Causa miedo ver esos grandes ojos que me miran. Lee-Loo dice: «¡No adelantar!» Ellos, los asiáticos, que nada tienen que temer, van á llamar á los labradores que trabajan en los arrozales, y como todos son de Asia, amados de los búfalos, hacen una vereda en seguida, y por ella atravieso.

Después de los hierbajos, de los arenales áridos, viene una desolación abrumadora, áloes azules, todo el aspecto del Sahara. Apróximase la *Montaña de mármol*; de lejos parece del color violado episcopal; de cerca, gris obscuro; extraordinariamente dentada, modelada á la china y recubierta de verdes hojas que se juntan, enderezan y caen. A su alrededor nada más que arenales desoladores. Y, sin embargo, hay algo aquí que impresiona y despierta la idea de un lugar sagrado; pero á uno y otro lado se observan multitud de tumbas antiguas, raras, señalando los sitios donden pudren mandarines y bonzos. Una especie de agujas naturales, de mármol gris, se levantan de trecho en trecho de la arena compacta como flechas de iglesia. Y la misma *Mon-*

taña de mármol, que ya está cerca de nosotros, pesando sobre nuestras cabezas, no es en realidad sino un grupo insensato de flechas dislocadas, inclinadas, disgregadas, pero sorprendentes por su elevación y su atrevimiento, por sus espontaneas y abundantes plantas florescentes.

En lo alto se ve mucha gente; gente que corre allí, que se coloca sobre los picos que separa las ramas para mirar á los que llegan. Figuras hermosas, de largos mechones; monos, familias de monos, orangutanes de piel salvaje. Si se dispara un tiro de fusil, todos se ocultan y desaparecen instantáneamente.

La *Montaña de mármol* es vertical desde todas partes.

—Lee-Loo, ¿dónde está esa gran pagoda?

Lee-Loo sonríe y contesta:

—Vas á verla.

Pero yo no veo sino la montaña salvaje, las agujas de mármol y la colgante verdura.

Lee-Loo, verde y naranja, dice que es preciso subir, y pasa delante. Hay, en efecto, una gran escalera de mármol tallada en la roca viva, cuya

entrada nos ocultaban los escombros y la arena. Subimos y nos encontramos en un jardín encantado.

Entonces es cuando empiezo á comprender que la montaña misma es la pagoda, la más maravillosa de las pagodas de Anam. En todas las grietas, en todos los agujeros del mármol, nacen helechos finos, raras palmeras, pandanus y plantas delicadas y exquisitas de estufa, ¡y hasta flores! orquídeas blancas, amaryllis rojos y naranjados y profusión de espeso tapiz de pervencias del Cabo, color rosa suave con el corazón rojo como el melocotonero.

Peldaños y más peldaños en aquella escalera de mármol, rodeada de rampas y balaustradas en el centro de aquel hechicero jardín, y todo ello suspendido, no se sabe cómo, en el vacío.

De cuando en cuando el vértigo se apodera de mi cabeza, mirando hacia abajo; vense allí grandes flechas de mármol, inclinadas del todo, atravesadas, separadas de las demás y que parece que van á caerse. A veces se pasa bajo unos pórticos muy antiguos de forma china de otros tiempos, y

los monstruos encima colocados han tomado ya el tinte gris de la roca. Las flores del Cabo señalan sobre los peldaños como un reguero color de rosa.

A la mitad, una gran pagoda se presenta, oculta á nuestra vista hasta entonces por las lianas y las piedras, al fondo de un patio silencioso y en una especie de vallecillo siniestro repleto de las florecillas color de rosa.

La pagoda, erizada de cuernos, grifos, cosas horribles, formas vagas y espeluznantes, vieja de algunos siglos, presenta un aire sepulcral de mansión encantada y construída por los genios.

Pregunto á Lee-Loo, siempre vestido verde y naranja: «¿Es esta la pagoda que hemos venido á ver?» Lee-Loo sonríe y dice: «No, más arriba; pero mira el interior por este agujero». En el interior aun se encuentra el santuario poblado de sus ídolos, allí sentados en el fondo, en medio de la obscuridad, cubiertos de oro, resplandecientes.

Lee-Loo dijo: «Ante todo es preciso ir casa del gran Bonzo; está muy cerca de aquí, ahí al lado.»

Parece que esta montaña se halla habitada por

solitarios bonzos; gran sorpresa para mí que creía solos á los monos. En otro próximo valle, extremadamente pequeño, misterioso, existe efectivamente la mansión del gran Bonzo, viejísima, con su marcado aire indo, con sus pesadas columnas de madera roja. En el patio, embaldosado de mármol, hacen la rueda pavos reales que despliegan su magnífica cola; dos gatos blancos duermen tendidos.

El anciano bonzo sale de su vivienda, se adelanta hacia nosotros vestido de blanco y con su cogulla blanca también sobre su cabeza amarilla; asceta del Asia enflaquecido y demacrado en las extrañas contemplaciones. Niños bonzos le seguían con sus respectivos trajes blancos; más detrás perros furiosos corren y aullan pretendiendo mordernos; á su vista los pavos reales levantan un tardo vuelo hacia los techados.

¡Qué aspecto tan fúnebre el de este patio enlozado donde pasa la escena! Rodeado de aristas de mármol y como agobiado por todas partes bajo su peso; profundo cual si fuera un pozo, y con el aire más semejante posible á la entrada de los misteriosos países de la muerte.

Sombria es la mansión de los bonzos; las pesadas solivas dibujan vagamente formas de gusanos, figuras de monstruos. Todo está allí como roído por la vejez y el polvo. Sin embargo, los ídolos, preciosamente revestidos de oro fino, resplandecen al fondo, con sus ojos bajos y sus místicas sonrisas.

Un gran fresco pálido, pálido, un buddha mural, impresiona profundamente; gigantesca imagen, sentada, con aureola de santo bizantino, señalando el cielo con el dedo, dulce sonrisa, ya conocida en mil partes, recordando de asombrosa manera otro Dios..... el Jesús de los cristianos.

Debajo de los ídolos de oro, en el polvo, se ven campanas con metálico sonido que parecen tener por objeto llamar á los espíritus, instrumentos musicales y otros instrumentos de tortura. Los bonzos vienen á ser como frailes mendicantes, guardianes de cosas preciosas, viviendo miserablemente de las limosnas de las gentes. Sentados delante de sus espléndidos ídolos, comen raíces y comen arroz en escudillas de barro.

Subimos más arriba aún, por aquella senda de

mármol. A trechos se perciben algunas lontananzas en aquella tan inmensa como triste llanura, paisaje de arenales áridos ó verdes hierbas donde pacen los rebaños de búfalos. Más allá, hacia el Oeste, se ven hasta Hué las montañas de Anam, que casi se pierden entre las nubes. Por el Este, la mar, cuyo sordo ruido llega á nuestros oídos rompiendo el silencio; esa mar de la China perpetuamente movida por las olas, bajo el obscuro celaje, á modo de lienzo plateado que tiembla sin cesar.

Dimos con un pórtico, por debajo del cual pasa el camino; concebido en estilo soñador, con los adornos de siempre, cuernos y grifos, forma tangible de un misterio.

Tantos siglos han transcurrido desde su construcción, que la convirtieron en cosa parecida á la montaña. Multitud de puntos grises que se levantan acá y allá son del mismo mármol y de la propia edad. Ese pórtico, en fin, es la entrada de regiones extrañas que no quieren darse á conocer....

—Lee-Loo, ¿estamos ya en la puerta de la pagoda que venimos á visitar?

Lee-Loo sonríe y dice:

—Sí; la montaña es la pagoda; la montaña que pertenece á los espíritus; la montaña está encantada. Bebamos, bebamos más *sam-chú*.

Y llena de alcohol de arroz nuestras tacitas pintadas, que nos presenta un criado amarillo.

Después del pórtico se abren dos caminos ante nosotros, uno que baja y otro que sube, y ambos van á morir en revueltas misteriosas, hasta dar en las rocas grises. Estas dos vías están talladas en el mármol vivo, como encajadas y ahogadas por las raras y magníficas plantas del país; las dos con igual tono de color y tapizadas constantemente de las rosas silvestres que allí nacen.

Lee-Loo, verde y naranja, parece vacilar, y á poco toma resueltamente el camino de la derecha, que es el camino que baja. Y de este modo entramos en el país de los encantamientos subterráneos.

La montaña es la pagoda. Un pueblo entero de ídolos terribles habita las cavernas, y las entrañas de la célebre montaña están concurridas, reposando en los profundos retiros infinidad de encantos; encarnaciones budhistas y otras aún más

antiguas cuyo sentido desconocen los bonzos.

Los dioses, de tamaño natural, se mantienen de pie, resplandecientes de oro, con sus ojazos enormes y feroces, ó como durmiendo agrupados, entornados los ojos y sonriendo con sonrisas de eternidad. También los hay completamente aislados, inesperados en algún ángulo apartado y obscuro; á diferencia de los que se hallan en inmensa compañía, á la redonda sentados en trozos de mármol, en aquella sombra verde de las cavernas. Parecen inquietos en su fisonomía y su actitud como si celebraran consejo; pero todos con la misma cogulla de seda roja, bajada sobre los ojos para ocultarse y sólo enseñar la sonrisa: si se pretende verlos, es preciso levantársela.

Los dorados, los colores chinos de sus trajes han guardado una frescura espléndida, y son, sin embargo, muy antiguos, hasta tal punto, que la seda de las cogullas se halla roída de gusanos. Verdaderas momias, admirablemente conservadas.

Las paredes de sus templos son las rocas de mármol primitivas, festoneadas en estalactitas,

grieteadas al azar por todos los movimientos de la montaña.

Luego, abajo, muy abajo, en las últimas cavernas se encuentran otros dioses que carecen de colorido, cuyos nombres se ignoran, con estalactitas en la barba y máscaras de salitre. Estos son tan antiguos como el mundo; vivían ya cuando nuestro Occidente era aún la selva virgen y fría del oso grande y del grande rengífero. Las inscripciones que se leen á su alrededor no son chinas, sino trazadas por la mano de los primeros hombres pertenecientes á las eras anteriores á todas las conocidas; los bajos relieves también de antes de la época tenebrosa y oscura de Angor. Dioses antediluvianos, incomprensibles, venerados por los bonzos y perfumados de incienso.

El misterio solemne de esta montaña consiste en haber sido consagrada á los dioses y objeto de adoraciones sin fin desde que en la tierra existen seres que piensan.

¿Quiénes hicieron esos ídolos de abajo? ¿Eran siquiera parecidos á nosotros? ¿Vivían más entre tinieblas esos primeros hombres á cuyo alrededor

el mundo respiraba juventud? ¿O veían más claramente á Dios, á menos distancia de la que lo vemos nosotros con nuestros apagados ojos? Recientemente derivados de Él, tal vez tuvieran alguna razón para escoger estos lugares y adorarle en ellos..... Quizás sabían lo que hacían dándole múltiples brazos, formas sensuales y como hinchadas por todos los jugos de la vida, esos rostros que nos confunden, á Él, el incomprendible que diez mil años antes de crear en la pálida luz dulce nuestro Occidente cristiano, engendraba los gérmenes admirables del Asia y la había hecho lo que ha sido: exuberante, lasciva, colosal, monstruosa.

.....
 Cuando salimos de los subterráneos y llegamos al pórtico de arriba, dije á Lee-Loo:

—Es muy hermosa la gran pagoda.

Lee-Loo, sonriendo, contestó:

—¿La gran pagoda?..... aun no la has visto.

Y tomamos á seguida el camino de la izquierda, que es el que sube.

Siempre los escalones de mármol, la alfombra

de flores, los amaryllis, los grandes y raros helechos. Cuanto más se avanza por este camino, las rosas se vuelven más pálidas, las plantas en general más endebles, y sin embargo se disfruta la más profunda frescura.

Sobre estas especies de flechas de mármol que pesan por encima de nuestras cabezas, los monos de pelo realmente salvaje se presentan colgados por todas partes, siguiéndonos con la vista, curiosos, agitados, con visajes de viejos.

Y otro pórtico de estilo desconocido nos detiene, que no se parece al otro, extraño también, pero diferente.

Sencillo es en verdad, mas no puede definirse su especial sencillez jamás vista; viene á ser como la quinta esencia y la última palabra del asunto. Parece una puerta del *más allá*, y que este *más allá* es la nada de la eterna tranquilidad. ¡Qué formas tan vagas enlazándose de un modo enteramente místico, sin principio ni fin! Eternidad sin sufrimiento ni dicha, eternidad buddhista, aniquilamiento solamente y paz en la nada absoluta.....

Dejamos el pórtico, y las paredes más y más

juntas llegan hasta unirse sobre nuestras cabezas. Los monos han desaparecido todos al mismo tiempo, corriendo, como sabiendo á donde íbamos y adelantándose por un camino que ellos conocían para estar ya allí cuando llegáramos.

Nuestros pasos resuenan sobre las escaleras de mármol con ese especial eco de los subterráneos.

Andábamos por una bóveda baja que se forma en el mismo corazón de la montaña y en la profunda obscuridad que nos rodea.

Esto es la noche; pero después una extraña claridad nos deslumbra, que no se parece á la del día; luz verdosa, como fuego verde de Bengala.

—¡ La pagoda! — exclama Lee-Loo.

Véase: una puerta irregular, adornada de estalactitas, se abre á nuestro paso á la altura media de la del edificio gran santuario, formado precisamente en el corazón de la montaña, caverna profunda de paredes de verde mármol. Los ciempies se hunden en una especie de penumbra transparente que se asemeja al agua marina, y allí en lo alto existe un agujero por donde se asoman y nos miran los monos y de donde arranca

un foco de luz de inexplicable tinte, como si se penetrara en una inmensa esmeralda atravesada por rayo de luna.

Los pagodas, los dioses, los monstruos que allí residen, en aquella gruta subterránea, en aquel misterioso relámpago verde de apoteosis, tienen todos resplandecientes colores como de cosas sobrenaturales.

Bajamos luego despacio por una escalera que guardan cuatro horribles dioses sentados sobre figuras extrañas. Delante de nosotros hay dos pequeños templos pintados de azul celeste y rosa, que se levantan como viviendas encantadas de los genios de la tierra. Y en una grieta se halla metida cierta colosal divinidad, con mitra de oro, también sentada y sonriente. Por encima de estos templos y de estos ídolos, la bóveda de mármol se cierne como velo gigantesco de mil y mil pliegues, siempre del color verde.

Aquellos dioses de la escalera nos miraban, no á derechas, con sus grandes ojos falsos y feroces; riendo con la boca abierta hasta las orejas y espantosamente, dejándonos pasar como si se arri-

maran á las paredes, como si tuvieran necesidad de contener sus bestias, sus monturas, que hacen á su vez visajes de tigre.

Y en la cima de la gran cúpula, al borde del agujero de que arrancan los rayos verdes, los monos se sientan con las manos y las colas al aire entre las lianas, observando también si vamos ó no á entrar.

Descendimos, sí; pero vacilantes, con involuntaria lentitud, presa de no sé qué especie de horror religioso indecible y desconocido.

A los últimos escalones de mármol empieza á sentirse un frío subterráneo, con juegos de voz que desfiguran por completo los sonidos que emitimos.....

El fondo de la caverna, de finísima arena, se halla cubierto de huellas de ratones con su especialísimo olor, y de señales inequívocas de que los monos han dejado impresas sus manos, tan semejantes á las de los hombres. En varios sitios, además, existen antiguos vasos de mármol y altares destinados á los sacrificios budhistas.

También hay allí como á modo de largas y gi-

gantescas serpientes oscuras, que si se colgaran de la bóveda llegarían al suelo, que pueden pasar por cables enormes de reluciente bronce, tendidos desde la altura de esta nave, y son raíces de lianas, milenarias quizás, que exceden de todas las dimensiones conocidas. Los monos se permiten fingir que van á bajar por estas enredaderas hasta nosotros para vernos más cerca, y como familiares del santuario que son.

De repente cuatro bonzos en traje violeta, que llegaron detrás de nosotros, se presentan en el agujero que nos sirvió de entrada. Se detienen allí, primeramente á la puerta del corredor subterráneo, en la penumbra de color marino, pequeños, muy pequeños entre los dioses y los monstruos. Después, para llegar hasta nosotros, descienden con paso rítmico, reflejando poco á poco y cada vez más los matices verdes. Escena ultraterrestre, ingreso de espíritus en los cielos budhistas.

.

«Es preciso beber, beber más y más *sam-chú.*»
Y este alcohol chino que Lee-Loo dice que es necesario para visitar á los dioses, y muy favorable

para la comunicación con los espíritus, acaba por dormirnos. Con este calor del día, con esta fatiga de la lancha, tendidos sobre la arena, experimentamos sensaciones congestivas; se oscurecen las ideas de las cosas, y no vemos sino una indecisa transparencia verde, dioses azules y rosa: réstanos sólo el recuerdo, la impresión, y luego, á medida que nos vamos quedando inmóviles, empieza la noción confusa de un vaivén sin ruido alrededor de nosotros; se aproximan personajes que no son humanos, descendimientos silenciosos, frotamientos de siluetas: los monos que llegan.....

Finalmente, el sueño absoluto y sin imágenes...

UN VETERANO.

..... Débil, irás de puerta en puerta cantando tu juventud á los niños y á los vendedores de salmuera.

G. FLAUBERT (*Salammbó*).

I.

Habitaba nuestro hombre una casa pequeñita y muy antigua, próxima á la ribera, en el camino que va desde Brut al Faro del Portzie. A lo largo de esta senda, en viviendas semejantes, terminaban sus días muchos «retirados de la marina».

La suya, adosada á contrafuertes de granito en que brotaban juncos, se elevaba bastante sobre la rada obscura y profunda punta de la Cormorandière y el Goulet, entrada de la pleamar, por donde llegaban los barcos.